

15. Matorraja

JUNTA PROVINCIAL DE GOBIERNO PECUARIO DE VALLADOLID

Boletín de Divulgación Ganadera



AÑOS XIII-XIV N.º 49-50



ENERO DE 1957

Boletín de Divulgación Ganadera

Años XIII-XIV Núms. 49 y 50

Enero de 1957

Director: Nicolás García Carrasco

PUBLICACION ILUSTRADA

Oficinas: Valladolid

Plaza de los Arcas, 2, 3.º

Teléf. 1392

EDITORIAL

FOMENTO Y MEJORA DE LA RIQUEZA PECUARIA

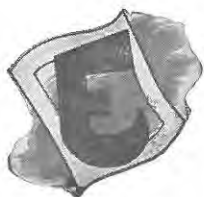
UNO de los tres pilares en que se apoya la economía agraria es la ganadería, y la experiencia nos enseña que, a medida que se va elevando el nivel de vida del ciudadano español, se hacen más perentorias las necesidades del consumo de productos pecuarios y, como consecuencia lógica, y en evitación de la escasez de dichos productos por el aumento de consumo o del excesivo precio que éstos pueden adquirir por la poca abundancia de los mismos, el fomento y mejora efectiva de la riqueza pecuaria nacional es problema que se hace imprescindible acometerle de una manera decidida, continuada y eficaz.

No se trata, al hablar de fomento ganadero, de conseguir, precisamente, miles y miles de animales, a llenarse los ojos con un gran número de cabezas, sino de alcanzar igual resultado con menor número, por su mayor especialización, y, sobre todo, por haber logrado una adecuada homogeneidad, seleccionando acertadamente, en relación con los ejemplares de mayor rendimiento, con lo cual se consigue elevar el índice de producción.

En estos últimos años vienen decretándose desde el Ministerio de



por Benito Madariaga de la Campa,
Veterinario.



XISTE un grupo de seres que sobresalen por encima de la uniformidad de los restantes componentes de la sociedad, y a los que Marañón denomina «hombres representativos», que se caracterizan por ser «las cimas agudas de la especie» y los encargados de representarla en toda obra creadora de lo bello y de lo útil sobre la tierra. Este grupo privilegiado lo componen los genios, héroes y santos.

Generalmente se suele confundir el talento o la inteligencia con el genio. La inteligencia es, según STERN, la capacidad de adaptación a nuevas situaciones mediante el empleo adecuado del pensamiento; pero el genio, además de la inteligencia, nace con otros atributos, que le diferencian aún de los hombres que poseen esta rara cualidad. El célebre Marañón, en su obra tan leída «Tiempo viejo y tiempo nuevo», nos lo diferencia claramente, al comparar a Feijóo y Menéndez Pelayo: «El primero, nos dice, fué un ingenio de desarrollo tardío; pero el segundo no fué un hombre de talento, sino un genio.» Y agrega el autor: «Lo sabía todo como por ciencia infusa, en plena juventud.»

Graf, genéticamente concibe al genio como una combinación favorable de toda una serie de factores hereditarios y pone a Goethe como ejemplo de hombre en el que han concurrido estas facultades exaltadas que definen al genio. Por eso se ha dicho siempre que el genio «nace», y sólo el medio ambiente es el encargado de moldearle.

Los estudios minuciosos de la Anatomía y Fisiología han comprobado que es precisamente en las zonas de la sustancia gris donde se asientan las funciones intelectuales y la teoría localizionalista las reserva como lugares preferentes los lóbulos frontal y parietal. Autopsias detalladas han demostrado también que hasta en el peso del encéfalo los grandes genios de la Humanidad sobrepasan la cifra normal (1.350 gramos), correspondiente a los hombres vulgares. Así, lord Byron tenía 2.238 de peso; Cuvier, 1.830 gramos; Bismark, 1.800, y Schiller, 1.785 gramos.

En cuanto a su virilidad, se ha dicho que «en general los grandes poetas, los artistas y los santos, así como los conquistadores, están fuertemente sexualizados». En conclusión, diremos que no sólo físicamente son superiores a los restantes mortales, sino que su «estatura moral» sobrepasa a la humana.

En ellos están comprendidos los creadores, los inspirados, los intuitivos y no pocas veces los maniáticos y ensimismados.

De todos los autores, es quizá Alexis Carrel el que mejor nos ha estudiado estos seres privilegiados. Transcribimos a continuación un párrafo en el que se ocupa de ellos. Dice así: «Existen asimismo una clase de hombres que, aunque tan inarmónicos como los criminales y los locos, son indispensables a la sociedad moderna. Son los hombres geniales. Estos se caracterizan por un desarrollo monstruoso de alguna de sus actividades psicológicas. Un gran artista—continúa el célebre Premio Nóbel—, un sabio, un gran filósofo, rara vez es un gran hombre. Por regla general es un hombre de tipo común, con una función hipertrofiada. El genio puede compararse con un tumor que crece en un organismo normal.»

La misma historia de los pueblos, a través de los siglos, nos presenta toda una serie de hombres que comprueban tales afirmaciones.

En la antigua Grecia, las figuras ridículas de Tirteo y Demóstenes nos muestran cómo a veces en un cuerpo apagado se encierra un carácter y una oratoria ardiente.

En Italia, Torcuato Tasso, con su naturaleza enfermiza, desengaños amorosos y manías persecutorias, y Leopardi, con su vida atormentada y llena de

sinsabores, a pesar de ser los dos verdaderas ruinas fisiológicas, dejaron como monumentos a la posteridad sus obras de privilegiada valía.

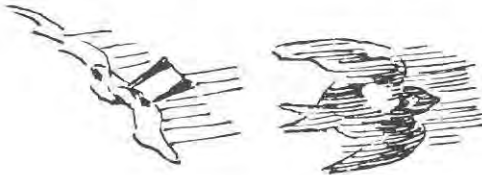
Los tuberculosos, tan vulgarizados por la figura de la «Dama de las Camelias», también aportan nombres famosos, como los de Mozart, Chopin, Bécquer, Antonieta de Pompadour, María Bashkirtseff, y hasta santos, como Francisco de Asís y Luis Gonzaga.

Algunos, no teniendo suficiente con el esfuerzo intelectual, que les hacía caer en la melancolía y la neurosis, necesitaban a veces «recalentar su fantasía».

Baudelaire y Edgar Poe son ejemplos de una vida gastada en afán de conseguir una mayor actividad mental. Del primero se ha dicho que sus «Flores del mal» fueron escritas entre el humo del hachich, y el segundo nos dejó sus «cuentos extraordinarios» como prueba de una «fantasía alumbrada por el alcohol».

Las mismas imperfecciones de los sentidos, algunos tan importantes como los de la vista y la audición, nos impidieron que figuras como la de Homero, del que se dijo que si la musa le quitó los ojos, le dió su dulce canto; Milton, autor del «Paraiso Perdido»; y sordos célebres, como Beethoven, Edison, Goya, etcétera., aparecieran en el libro de la fama.

Para Lombroso, el famoso criminalista hebreo de Verona, el genio es un semiloco epiléptico, y Alexis Carrel asegura que «estos seres faltos de equilibrio son a menudo desgraciados». Todavía causa un efecto deprimente leer aquella carta, la última carta de un agonizante lucidez, dirigida por Nietzsche a su madre: «Madre, madre, estoy loco...» El genio se da cuenta del drama. No es él solo. De Augusto Comte, el fundador del Positivismo, se cuenta que vivía en su retiro de París dado a un misticismo extravagante. A su segunda mujer —por lo civil, Clotilde de Vaux—, que personificaba al Dios-Humanidad, la hizo levantar



Dibujos del libro de notas de Leonardo Sobre el vuelo de las aves (1505)

un cenotafio en su propia habitación, donde Comte, elegido Gran Sacerdote de la Humanidad, se pasaba el día orando y leyendo libros sagrados y profanos. Ya repetidas veces había estado en el manicomio.

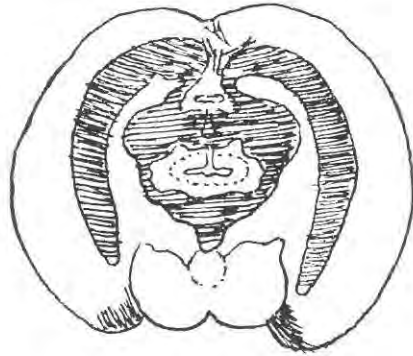
Según Vallejo Nájera, Pedro el Grande fué un loco célebre, y Colón, un paranoico. Hegel tuvo media familia loca, y en el tristemente famoso bailarín Nijinsky también se habían dado varios casos, y a esto hemos de añadir que no pocos autores consideran a nuestro Espronceda como un «histérico precoz». También nos atrae la figura del judío Elie Metchnikoff, siempre excitado, que, como dice Paul de Kruif, semejaba un carácter histérico extraído de cualquier novela de Dostoiewsky. Este último escritor ruso nos dejó sus obras envueltas en un ambiente de pesimismo y desgracia, tal vez fiel expresión de sus crisis epileptiformes. Cualquiera que observe un retrato suyo podrá apreciar los rasgos del sufrimiento impresos en su rostro. A Rousseau se le ha considerado como «el patriarca de una legión de neurópatas», y hasta el cándido Christian Andersen pareció heredar el nefasto virus de su abuelo enajenado, ya que cuenta la historia que cerca de su casa se alzaba un manicomio, en donde el muchacho hizo amistad con los alienados, a los que divertía con sus fantásticas historias.

Para todos ellos la desgracia significó resignación y sintieron descanso viviendo toda su melancolía en la soledad. Del mismo modo que la muerte para los egipcios no era motivo de horror, sino que en medio de sus diversiones colocaban en el puesto de honor un féretro o una momia que les recordaba a la triste mensajera, así muchos de estos personajes se familiarizaron de tal modo con ella, que para ellos sólo significó el día de su liberación y el fin de sus sufrimientos y desengaños. Tanto es así, que cuando la muerte les reclama, sus últimas palabras son el compendio de una paz ansiada. Milton exclama: «He aquí mi aurora», y Mozart, quizás el músico más grande de todos los tiempos, se yergue y responde: «Dejadme oír esa música, que siempre ha sido mi delicia y mi consuelo.»

Podemos afirmar que a todos el dolor y la enfermedad les sirvió de acicate para acrisolar su talento, porque está comprobado que «el camino más áspero conduce en ocasiones a la más brillante fortuna».

Muchos de estos hombres representativos poseyeron rarezas y extravagancias en las que los animales ocuparon un lugar preferente. A unos les sirvieron de compañía, otros encontraron en ellos su inspiración y no pocos les deben la vida o les pagaron su fidelidad con las torturas más sádicas.

Hubo un hombre que sobresalió por encima de los demás, más grande que los «Héroes» de Carlyle y que el superhombre de Nietzsche, cuyas doctrinas jamás oídas asombraron al mundo. Hablaba por medio de parábolas, y al igual que en las antiguas fábulas, los animales enseñaban a los hombres. Todos conocemos la parábola del Buen Pastor y aquella otra en que el Divino Maestro señala al perro como representación del amor al hombre, cuando este pobre



Esquema del cerebro con las cavidades indicadas en sombreado (alrededor de 1514). Según Leonardo.

animal a la puerta del rico Epulón lamía las llagas del pordiosero Lázaro, abandonado de sus hermanos los hombres. Este «Hombre-Dios», superior a todos los genios, héroes y santos, no duda un día en expulsar a los mercaderes del templo, y en medio de su cólera divina sólo respeta a las palomas, representación del Espíritu Santo.

No podemos silenciar en esta ocasión el nombre de Mahoma, aquel falso profeta, que tanto amó a los animales. La tradición nos ha dejado el nombre de su yegua, «Al-Borak», o sea relámpago, y de su camello «Al-Kaswa», al que sus seguidores construyeron una mezquita en el lugar donde éste se había arrojado. La leyenda nos cuenta también que era tanto el cariño que Mahoma profesaba a su gato «Muezza», que prefirió cortar su manga que despertarle del lugar donde se había dormido.

Se tiene por verídico de que el primer amigo de lord Byron lo constituyó un magnífico perro, dotado de una fuerza extraordinaria, llamado «Ralph».



Cierto día que nuestro poeta—aun niño—se disponía a visitar una gruta, tropezó y su fiel acompañante le salvó de caer en un precipicio cogiéndole de las ropas con los dientes. No contento con esto, el perro avisó a sus familiares y transportó en su collar una carta escrita por el mismo Byron, que todavía se conserva en el museo dedicado al poeta. Es fama de que el cantor de Childe-Harold, al morir ya viejo el animal, lloró amargamente la pérdida de su buen amigo.

Todavía el viajero curioso puede contemplar en La Haya, con admiración, el monumento levantado a la fidelidad que representa a Guillermo I el Ta-

citurno, príncipe de Orange, al lado de su querido perro, que le salvó la vida al despertarle ladrando cuando intentaban asesinarle.

Aseguran los biógrafos de Roberto Koch que durante su estancia en Wollstein, además de su mujer y su hijita, se hacía acompañar por un perro, un gato y un gallo, tan manso este último, que se llevaba a las mil maravillas con los dos anteriores vecinos, pero que se mostraba incompatible y arisco con la larga pipa de Koch, a la que hacía objeto de sus constantes ataques.

Son numerosos los escritores que encontraron en los animales motivo para su inspiración excéntrica. A Charles Dickens le solía acompañar mientras escribía un gato sordo, que estaba siempre a su lado; y de Alfonso Karr se dice que escribía echado sobre la alfombra de su dormitorio en compañía de un enorme perro de Terranova, que fué hasta su muerte su mejor compañero.

No son menos conocidos los perros que acompañaban a Chateaubriand, Zola y Wagner, que se hacían acompañar de ellos aun en sus viajes literarios. Es conocidísima también en Inglaterra la elegía que compuso Tomás Gray a la muerte del gato que se ahogó en una pecera.

Guerreros y monarcas fueron aficionados a tener por compañía un animal, mostrando unos preferencias por el perro, como en el caso de Carlo-Magno, que llevaba su dogo en todas sus campañas; y Godofredo de Buillon con sus dos

alanos, que se hicieron famosos en las Cruzadas. El gato fué fiel compañero de los Cardenales Mazarino, Richelieu, Wolsey y hasta del Papa Gregorio VII.

Fueron conocidos en su tiempo por sus extravagancias y ostentaciones de lujo el rey Enrique VIII—mancha de sangre y de grasa, como le llamó Dickens—, que concedió títulos a su perro. Gina María Visconti llegó a tal extremo en sus extravíos, que empleaba podencos para cazar hombres. Dicen sus contemporáneos de Carlos de Inglaterra que montaba a caballo con unos estribos engastados de 421 diamantes, y de César Borgia nos han transmitido su competencia notable en la equitación montando un corcel blanco.

Juan K. Winkler en su obra «Morgan el magnífico», al referirse a las aficiones pecuarias de su personaje, hace el siguiente comentario: «Frecuentemente el financiero encontraba alivio en la compañía de los pájaros o de los perros. Estos y los caballos de pura raza eran los animales que más le interesaban. En todas sus casas tenía jaulas de canarios, que eran cuidadosamente atendidas. Asimismo tenía dada orden de que diariamente se distribuyeran migas de pan a los gorriones. ¡Ay del criado que descuidara su deber! En la misma obra añade: Morgan amaba los perros. En una ocasión llegó a poseer la más hermosa colección de mastines de todo el país. Durante muchos años «Sefton Hero», un mastín por el que había pagado miles de dólares, durmió debajo de su cama. Más tarde trasladó su afecto a los pequinés, y rara vez viajaba sin ir acompañado de un can de esta raza.

También los genios de la pintura nos han dejado lienzos valiosos con representaciones animales, firme garantía de sus aficiones. Entre todos, uno de los que más nos atrae, quizá por estar de moda, es el enano Henri de Toulouse-Lautrec. Ya de pequeño, cuentan sus biógrafos, que como no sabía escribir, quiso dibujar un buey en el registro parroquial. En el museo de Albi, su ciudad natal, se conserva como precioso tesoro una acuarela de «Toinon», su querido burrito. Un lugar muy frecuentado por él era el Nouveau Cirque, de donde sacaba tema para sus cuadros de los caballos y amazonas. También acudía con frecuencia al zoológico del «Jardin des Plantes», donde pasaba ratos agradables admirando los monos, pingüinos y papagayos. Se dice como nota curiosa que un día pasó una hora junto a un oso hermiguero. Los inmortalizaron también en sus lienzos Tiziano, Regidor, Tintoretto y el Bassan, en cuanto a perros; y los felinos tuvieron por admiradores a Brueghel y Godfried Mind, principalmente.

La célebre Escuela filosófica de los «Cínicos» lleva este nombre porque su fundador, Antístenes, enseñaba sus doctrinas en un lugar llamado «Cynosarges» o templo del «Perro Blanco»; por eso en la tumba de Diógenes se ven varios perros.

No todo ha sido cariño y devoción hacia los animales. La crueldad y el sadismo para con estos seres ha sido frecuente en personas anormales, como en el caso de Landrú, genio del crimen, y verdadera versión de Barba Azul. Sus víctimas no fueron sólo mujeres; y así, en Gambais, la policía encontró los restos de tres perros, pertenecientes a una de las infortunadas, con los cuellos rodeados de alambre.

Ultimamente tenemos como ejemplo en este sentido a un hombre a la vez genial y neurótico que, a pesar de su afición por los animales, no consintió que ninguno de éstos le sobreviviera. El Führer tenía por perro favorito a un lobo alemán, pese a su preferencia por los «terriers irlandeses», pero su patriotismo se extendía hasta en las cosas más nimias objeto de su propiedad. Este perro



se llamaba «Blondi», y fué testigo mudo y a la vez protagonista del terrible drama acaecido en el bunker de la Cancillería. Pero antes de contar esta triste historia, señalemos como cosa notable su costumbre de no tocar jamás a su perro máspreciado de no tener sus guantes puestos. Esto, que para algunos tal vez parezca una rareza, no deja de tener una aplicación preventiva contra el quiste hidatídico y otras parasitosis, cuyo peligro no debía de desconocer el «leader». Este hombre, tan discutido, antes de poner fin a su vida mandó llamar a su médico particular y le ordenó ponerle una inyección a su perro «Blondi». Otros dos perros tuvieron el mismo fin a cargo del sargento que los cuidaba. Poco después el fundador del nacionalsocialismo y su reciente esposa, Eva Braun, ponían fin a sus vidas, así como el matrimonio Goebels y sus seis hijos, como símbolo de la ruina de Alemania, mientras por las calles de Berlín, entre escombros y humeantes restos, aquel día un poderoso ejército alemán emprendía la retirada. ¡Era la derrota!

Sería labor poco menos que imposible citar detalladamente toda la serie de nombres que se nos vienen a la memoria, pero no podemos por menos de destacar entre muchos al Serafín de Asís, fiel representación del amor a los animales, a los que llega a considerar como hermanos suyos. Un día hace callar a las golondrinas mientras predica; otro día un corderillo le acompaña hasta el altar donde se arrodilla, y no es menos conocida la curiosa historia del lobo de Agubbio, que tiene la fuerza de una parábola divina.

De Leonardo de Vinci, el genio del Renacimiento, nos han transmitido su respeto por el reino animal, que conocía a la perfección, y del que sacó no pequeñas enseñanzas de provecho para sus inventos. Se dice que le gustaba comprar las aves en los mercados para gozar después devolviéndolas la libertad; pero es más seguro que a la par de satisfacer este placer, Leonardo observara el vuelo de las aves, que después aplicaría a la máquina voladora, verdadero preludio de la aeronáutica actual. ¡Qué decir de Amiel a este respecto! Aconsejamos la lectura de su diario, del que transcribimos párrafos como éstos, que dan idea de su espíritu protector «de animalia». De Amiel dice su biografía: «Los pájaros, los insectos, eran sagrados para él, sólo porque vivían y podían sufrir.» En esto parece coincidir con el pueblo indú, cuyo respeto por toda manifestación de la vida radica en sus creencias sobre la reencarnación de las almas en formas animales. Lo mismo decimos del curioso libro de Axel Munthe, «La historia de San Michele», que yo me atrevo a calificar de la «Biblia animal», por la ardiente apología que hace de ellos el autor en cada página, desde su dedicatoria hasta el final, lo mismo cuando nos describe sus visitas al «Jardin des Plantes», que cuando ayuda a la leona «Leonie» a sacarse la astilla clavada en su pata, o la muerte de tuberculosis de Jach, el pobre gorila del jardín zoológico, lo realiza con un tono de tal belleza, que nos conmueve y que jamás fué imitado por otro autor.

Como resumen añadiremos que muchas veces de una criatura enfermiza puede salir un sabio o un santo, con lo cual nos oponemos a la «Asexualización» extendida en algunos Estados, como medida de lucha contra los criminales y enfermos, porque mientras no se demuestre lo contrario, sigue vigente la máxima de Fausto, de cuando el hombre pretende oponerse a la naturaleza, termina por sucumbir.

Santander, abril de 1956.